

INFLUENCIA DE LA METEOROLOGÍA EN LOS ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS

Fernando R. Quesada Rettschlag. Abril 2012.

... quizás por ese acusado protagonismo de la meteorología, di en pensar acerca de la influencia determinante que ésta ha tenido en algunos acontecimientos históricos de capital importancia. No me refiero a circunstancias climatológicas normales y previsibles, como esa clase de frío tan grande que pasaron los soldados, franceses primero y alemanes después, invadiendo Rusia. Lo raro hubiera sido que en las estepas rusas, durante el invierno, hubieran podido tomar el sol en bañador. No. Hablo de esas raras ocasiones en las que, de forma imprevisible y fortuita, los meteoros atmosféricos aliados con el azar, se han erigido en protagonistas absolutos de la situación y han dictado y ejecutado su sentencia inapelable sobre los acontecimientos, como implacables jueces y verdugos de la Historia. Me vienen a las mientes dos casos paradigmáticos y, en mi humilde opinión, asombrosos.

El primero de ellos está relacionado con el vocablo kamikaze. Esta palabra nos sugiere a los pilotos japoneses que, durante la II Guerra Mundial, se lanzaban con sus aviones cargados de explosivos contra los barcos de guerra estadounidenses. El término se ha incorporado a nuestro idioma con el doble significado de terrorista suicida o persona tan temeraria que arriesga la vida en sus acciones. Sin embargo, la traducción original de kamikaze es “viento divino” o “aliento de los Dioses”.

Para encontrar el origen de la relación entre esta palabra y los acontecimientos bélicos, hay que retroceder hasta el siglo XIII. China está bajo el poder de los mongoles. Kublai Kan, nieto del mítico Gengis Kan, se ha erigido emperador y funda la dinastía Yuan. En muchos aspectos es un buen gobernante. Protege las artes y las letras, establece la capital del imperio en Pekín, mejora las comunicaciones, favorece el comercio y recibe en su corte viajeros de todo el mundo, entre otros al famoso Marco Polo. Es también un devoto budista aunque, en sus dominios, practica la tolerancia religiosa y predica la misericordia en tiempo de guerra; algo totalmente contrario a la tradición de los mongoles que consiste en el exterminio total de los vencidos.

Una curiosidad colateral: Kublai Kan instituye en su imperio el uso del papel moneda, lo que andando el tiempo, representará un gran avance. Sin embargo, a medio plazo, la falta de disciplina fiscal y el deficiente control del gasto público, provocan una inflación galopante que degenerará en un absoluto desastre económico. La primera gran crisis económica provocada por una inflación descontrolada de la que se tiene registro histórico.

Parece que no hubiera pasado el tiempo; ocho siglos después, la caterva de mostrencos, cenutrios e indocumentados intelectuales que pululan por los gobiernos de municipios, autonomías, naciones y organismos supranacionales, aún no ha sido capaz de aprender la lección. Va a ser que necesitan una adaptación curricular significativa y algo más de dos tardes para asimilarla.

Pero continuemos con nuestro cuento. Su protagonista, además de un gobernante con buenas ideas, debió ser un tremendo glotón, casi tanto como yo cuando tenía veinte años, con la diferencia de que el objeto de mi deseo era la comida y el de Kublai eran los territorios. Después de haber conquistado China y Corea, que ya es conquistar, puso sus ojos en las islas situadas al este de la costa oriental de Asia. En aquellos entonces, los japoneses estaban a lo suyo, es decir, demasiado atareados en guerrear unos contra otros como para meterse con sus vecinos. Ocupaban un territorio insignificante comparado con el que ya poseía el Kan, pero igual que el glotón, aunque esté ahíto, no puede resistir la tentación de alargar la mano y coger el último pastelillo de la bandeja, Kublai Kan no pudo aguantarse las ganas de extender la zarpa y hacerse con aquellas islitas tan coquetonas. A tal fin, dispuso lo necesario para la conquista. En 1274 mandó una enorme flota compuesta por novecientos navíos de todo tipo. Los japoneses carecían de medios para defenderse de semejante ataque, y ante la perspectiva de devastación, esclavitud y muerte que se cernía sobre ellos, hicieron lo único que se le ocurre hacer en todo tiempo y lugar a cualquiera que se encuentre en una situación semejante: rezar a sus dioses. Durante la travesía se desató un tremendo tifón (así se llaman los huracanes en el mar de China) que hundió la mayor parte de los barcos invasores. Convencidos de que sus plegarias habían provocado la intervención divina, los nipones llamaron a aquel providencial azar meteorológico, Kamikaze o Viento de los Dioses.

No eran ni la resignación ni el conformismo las virtudes más destacadas del Gran Kan, y en 1281 ya estaba listo para volver a las andadas. Envío contra Japón una nueva flota aún mayor que la anterior. En esta ocasión, mil doscientos navíos surcaron el mar con aviesas intenciones. Después de todo, pensó Kublai Kan, es imposible que un nuevo tifón se desate justamente cuando mi flota nueva esté realizando la travesía; eso sería como ganar el premio gordo de la Primitiva dos veces seguidas: imposible del todo. ¡Craso error! No contó con que en el vocabulario de los Dioses no figura la palabra imposible, y en efecto, un nuevo tifón se encargó de destruir esta nueva flota.

Si acaso algún japonés escéptico, en su fuero interno había cuestionado la intervención divina, ahora ya no le cupo la menor duda; lo de los temporales era cosa de los Dioses. Japón se había vuelto a salvar y esta vez definitivamente, de la codicia del mongol.

No es de extrañar pues, que siglos después, durante la II Guerra Mundial, cuando nuevamente la sagrada patria nipona, sagrada para ellos claro, estaba a punto de ser hollada por las botas de invasores extranjeros, los japoneses volvieron a confiar en el aliento de los Dioses y llamaron kamikazes a sus pilotos suicidas. Pero se conoce que los Dioses ya se habían cansado de soplar. O puede que estuviesen asqueados tras contemplar las crueldades, salvajadas y atrocidades que el ejército japonés había perpetrado por toda Asia contra la indefensa población civil, y no estuvieran dispuestos a volver a prestarles su aliento.

Lo que sí pareció obra de un Dios histriónico, furioso y vengativo, fue lo que se les vino encima a las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, aunque en este caso, no tuviera nada que ver con los meteoros atmosféricos.

El segundo y sorprendente caso es el de la mal llamada Armada Invencible. Es falso que aquella armada se llamara invencible. En realidad, a aquella gran flota, compuesta por 130 barcos, se le dio oficialmente el nombre de Armada de Inglaterra y, más coloquialmente, el de Gran Armada, porque nunca se había visto en España tanto barco junto. Eso de Armada Invencible lo inventaron posteriormente los ingleses para mofarse de nuestro infortunio.

Es igualmente falso que los navíos de su graciosa majestad provocasen daños graves a la Gran Armada. Otra invención inglesa para arrogarse un protagonismo en el desastre, que estuvieron muy lejos de tener ¡Qué más hubieran querido ellos! En esto de manipular la Historia a su capricho y conveniencia, los anglos se dan la mano con los nacionalistas que mariposean por toda la piel de toro y territorios insulares, libando el dulce néctar de la subvención, de administración en administración.

De los 130 barcos españoles, solo 6 se hundieron combatiendo contra los ingleses, y aún de estos, uno porque tuvo la mala fortuna de chocar con otro navío español y un segundo a causa de la explosión provocada por un artillero flamenco, despedido porque un capitán español se estaba beneficiando a su esposa. Del resto sólo regresaron 67 y unos diez mil hombres de los treinta mil que partieron. ¿Qué ocurrió con los demás?

Abortada la operación por fallos en la logística, el duque de Medina Sidonia decidió con buen sentido, regresar a casa rodeando las islas británicas por el norte, ya que hacia el sur, la flota inglesa cerraba el Canal de la Mancha. Circunvalando las costas de Irlanda, una descomunal tormenta alcanzó de lleno a la armada española y provocó un desastre de proporciones gigantescas. Navíos de un calado importante, fueron zarandeados, revolcados y estrellados contra los abruptos acantilados irlandeses como si hubieran sido palillos de dientes. En unas cuantas horas, muchos miles de buenos católicos y mejores españoles, murieron víctimas de la mar embravecida y los vientos furibundos, para alborozo y regocijo de los herejes sajones y de su ruin soberana, tan amante de la piratería y la traición que en su vida no quedó sitio para otro tipo de amores y murió virgen. Hizo grabar la siguiente inscripción: "DIOS SOPLÓ Y FUERON DISPERSADOS". Curiosa coincidencia con los japoneses del siglo XIII.

¿Cómo se produjo una tormenta de tales proporciones en ese lugar y en pleno mes de agosto, que es una época totalmente inusual para semejantes eventos meteorológicos?

Hoy día sabemos que en Europa se estaba produciendo un hecho completamente nuevo, un cambio climático que los científicos han bautizado como "Pequeña Edad de Hielo". La tormenta que llegó al mar del Norte en agosto de 1588 y destrozó la armada española, tuvo su origen en el Caribe, donde un huracán tropical originó una importante depresión ciclónica en la zona de las Azores. Tres días después de abandonar las costas de Florida, el mismo vendaval del oeste sopló con furia a la altura de las costas de Irlanda, alcanzando de lleno a los buques españoles, y provocando el naufragio de la mayoría de ellos. Algo absolutamente inesperado y completamente imprevisible.

Lo que aún sigue y seguirá sin aclarar es por qué coincidieron en hora y lugar el temporal con la flota si ni siquiera habían quedado citados. ¿La voluntad de Dios? ¿El azar? Elija cada cual la respuesta que prefiera.

El rey Felipe II, obviamente ayuno de los conocimientos científicos actuales, eligió la primera opción, como queda patente en la frase que escribió tras conocer el desastre: "EN LO QUE DIOS HACE, NO HAY QUE PERDER NI GANAR REPUTACIÓN, SINO NO HABLAR DE ELLO", con la que expresaba su cristiana resignación ante el infortunado designio de la Providencia. Es falso que dijera aquello de "YO ENVIÉ A MIS NAVES A LUCHAR CONTRA LOS HOMBRES, NO CONTRA LOS ELEMENTOS". Otro infundio destinado a atribuir a nuestro monarca una frivolidad una altanería y una soberbia que nunca estuvieron en su ánimo.